

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En todas las administraciones de correos y principales librerías del Reino.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

ADVERTENCIA.

Con el número de hoy repartimos, gratis, á los señores suscritores una linda vista litografiada, que representa la entrada del Grao, tomada desde el óvalo en el camino de Valencia.

El domingo próximo repartiremos, probablemente, un hermoso retrato, dibujo del señor Montesinos, tirado en magnífico papel rasin.

La vista del Grao se espande en la imprenta de este periódico á 2 reales vellon.

RECUERDOS DE VALENCIA.

El rey D. Jaime I en los campos de Almenara.

La historia contemporánea semeja que teme recordar ciertos grandes hechos que nos parecen extraordinarios porque no están en armonía con nuestras actuales costumbres, y pasándolos rápidamente los dejara en eterno olvido si los monumentos erigidos en su memoria no los atestiguan continuamente. El oriflama de Aragon, triunfante en los campos de Almenara, el rey Conquistador cubierto de una inmensa gloria, debida tan solo á su esfuerzo, reclaman por lo menos este pequeño recuerdo de nosotros nacidos en este suelo, teatro que fue de sus mayores hazañas.

Las causas que indujeron á Jaime I á emprender la conquista de este reino de Valencia son harto conocidas para que nos detengamos á referirlas. Cada campaña desposeía á Zaen de nuevas fortalezas, así que en el año de 1237 era ya dueño D. Jaime de Burriana, Nules, Almenara y otras que formaban su línea hasta Segorbe. Joven de 29 años, criado en el estruendo de las armas y ardiendo en deseos de apoderarse de todo el reino, no se hallaba bien sino en los campamentos rodeado de sus ricos-hombres y guerreros. Encontrándose aquel año en Almenara, y deseando hacer un reconocimiento sobre Murviedro, salió llevando consigo á Don Bernardo Guillem de Entensa, su tío, hermano bastardo que era de la reina Doña María, á D. Blasco de Alagon, Guillem y Gimen Perez Tarazona, D. Gimen de Urries, D. Pedro Cornel, Ramon y Huguet de Milan y otros caballeros. Empezaba á romper el día, cuando los Tarazonas, Urries y Cornel que iban muy adelantados, vieron alzarse el polvo, brillar las armaduras, despuntar las lanzas: «En el nombre de Dios, dijo Cornel, he aquí los enemigos, sálvese el rey;» y volvieron riendas á sus caballos. Enterado Jaime se negó á sus instancias de que se retirase mientras ellos embestian á los escuadrones contrarios; y mostrando su gran corazon, «no quiera Dios, dijo, que los enemigos de su santo nombre vean en mí señal de cobardía.» Animo luego á sus caballeros, y tan alegre como si fuera á un torneo se lanzó al frente de los suyos para que no hubiese nadie entre él y el enemigo. El choque fue terrible, los caballeros cristianos eran los mejores de Aragon y Cataluña, pero era tambien excesivo el número de los moros. Jaime, rota la lanza, hería en ellos con su tizona, y á su lado Guillem de Entensa descargaba con la diestra terribles hachazos de armas, mientras que tremolando el pendon en la izquierda gritaba con toda su fuerza: «Aragon, Aragon, el rey, el rey.» Mas de una hora duraba este sangriento combate, dudoso en éxito, cerrado el pequeño escuadron se arremolinaba al rededor del monarca haciendo increíbles esfuerzos de valor formándole un muro de acero, cuando la hueste, que se hallaba en Almenara, se presentó en la llanura: á vista de los ginetes cristianos huyeron precipitadamente los moros dejando el campo sembrado de cadáveres; tocóse á retirada, y en accion de gracias, por haberle libertado de tan inminente peligro, dispuso el rey se levantase una cruz de piedra en el parage mismo de la batalla. Cuando cuatro siglos despues se demarcó la division de territorio de los obispados de Valencia, Segorbe, Tortosa y Mallorca, se elevó en su lugar la cruz que llaman de los cuatro obispados, monumento que recuerda al propio tiempo uno de los mas importantes hechos de armas de la conquista.

J. M.^a Z.

Una conjuracion contra Nerón.

[Conclusion.]

IV.

Aguardaba la liberta Epicaris en su casa al tribuno Licinio, á quien habia hecho llamar para obligarlo, segun habia prometido, á entrar en la conjuracion contra Nerón. Contaba para decidirlo con la influencia que tenia en él su hermosura y con la seducion de sus miradas, para lo cual procuró hacer resaltar unas y otras, y cuando á su parecer lo hubo conse-

guido aguardó su llegada no sin alguna impaciencia. Presentóse, por fin el tribuno, y sentándose en una camilla á su lado la dijo:

— ¿Desconfiabas de que viniera hoy á verte, que has hecho que me lo recordase tu esclavo Suliton?

— Nada de eso, pero tenia que hablarte sobre asuntos interesantes.

— Despachémoslos pronto.

— Ante todo, queria preguntarte si me quieres.

— Bah! debí haberlo presumido porque ese asunto es el mas importante para vosotras las mugeres.

— Ahora mas importante de lo que tú crees, pero aun no has respondido.

— Sí.

— Ahora lo veremos, añadió la liberta, y acercándose mas al tribuno le habló un momento en voz baja: el rostro de aquel perdió la expresion jovial que antes le animara, tomando la de la admiracion.

— ¿Contra Nerón? exclamó.

— Sí, contestó Epicaris con serenidad.

El tribuno meditó un momento, y luego dijo:

— No quiero.

— ¿Por qué? preguntó la liberta, ¿no has criticado sus crueldades? ¿será acaso por temor?

— No, Epicaris, la república murió y no existen republicanos. ¿Derribar á Nerón? ¿para qué? ¿para encumbrar á otro que será peor que él! ¿para satisfacer venganzas particulares y despertar nuevas ambiciones! proposicion esta que no esperaba oír, y menos de tu boca; ¿cuál es la causa que te ha decidido á mostrarte tan acérrima defensora de la libertad?

— ¿Acaso las mugeres no tenemos un corazon para sentir? vosotros no podeis creer que bajo débiles apariencias se encuentra muchas veces un corazon mas ardiente y mas atrevido que el vuestro. ¿Qué causas me han decidido, preguntas? la amistad, la compasion, el amor; ¿son bastantes? La amistad, al ver que se comprometian Petronio, Lucano, Escevino, Laterano, todos mis amigos: la compasion al presenciar una nueva infamia del tirano, al ver que Tigelino y Ninfidio arrastraban á su palacio á una hermosa jóven, separándola de su padre: el amor, al pensar que mañana si te veia Nerón podia, por un mero capricho, hacerte matar, dejándome á mí sola y demasiado dichosa sino llegaba á llamar su atencion. ¿Son bastantes causas?

— Di, Epicaris, ¿esa jóven quién era?

— Silia, la hija de Hostilio el decurion.

— Silia! exclamó el tribuno ¡es Silia! y se levantó vivamente agitado.

— Silia, la hija de Hostilio, repitió la liberta lentamente, sorprendida al ver el efecto que producian sus palabras.

— ¡Infame Nerón! ¡maldígate Júpiter! ¡Silia, Silia! decia el tribuno recorriendo apresuradamente la estancia.

— ¿Qué significa esa turbacion? exclamó la liberta palideciendo.

— Significa que á Silia la amaba yo, y Nerón me la ha arrebatado.

— ¿Y á mí me amabas?

— Era mentira.

Epicaris se dejó caer sobre la camilla y se cubrió el rostro con las manos; luego se levantó procurando conservar serenidad en sus facciones, que solo en cierta contraccion y en su estremada palidez dejaban conocer la agitacion de su alma, y con un ademán repentino señaló al tribuno la puerta: éste se acercó á ella y le dijo:

— Me voy, Epicaris, pero antes escucha; si la conjuracion tiene buen éxito, Silia se salvará y será mia, sino yo delataré á Escevino, á Lucano, á Laterano y Petronio; Nerón me dará á Silia en premio, y será mia.

Y sin dirigir una palabra de consuelo, y sin probar á justificar su traicion ante aquella muger, cuyo amor habia burlado, salió del cuarto pensando solo en llevar á cabo sus inicuos designios.

Epicaris estuvo por un momento con la vista clavada en el suelo, luego arregló los pliegues de su túnica y llamó á su esclavo Suliton.

— A la orilla del Tíber, frente al monte Aventino, dispondrás una barca, toma este dinero, aguárdame luego en el camino y te diré el uso que debes hacer de él. Ahora di á mis esclavos que dispongan la litera.

Suliton hizo una señal de asentimiento, y salió.

A poco rato subió en la litera y dió orden á los esclavos para que la condujeran á casa Tigelino.

Era Tigelino el gefe de la cohorte pretoriana cuando murió el emperador Claudio, y juntamente con Ninfidio, el que habia dado á Nerón el imperio del mundo haciéndole aclamar por sus tropas cuando ya la opinion pública designaba á Germánico por emperador, y este señalado servicio les habia valido tan absoluta privanza y tan escandalosa condescendencia de su hechura que eran en un todo dignos compañeros suyos, sobre todo Tigelino, conocido por su avaricia y estremada voluptuosidad.

Cuando Epicaris se le presentó, extrañó no haber notado antes la hermosura de la liberta.

— ¿Qué quieres? la dijo.

— Vengo á pedirte que devuelvas á su padre la jóven que robaste ayer.

— Peticion es esa que solo se oye con gusto de una muger hermosa.

-- ¿Me lo concedes?

-- ¿Ignoras la costumbre establecida desde que gobierna Nerón? ¿Con qué piensas recompensarme semejante favor?

-- Cuando Silia esté libre, con lo que pidas.

-- ¿Qué prenda me das de que cumplirás lo que ofreces? dijo Tigelino echándola una mirada centellante.

-- El no tener ningún medio de escapar si no cumpliera á la suerte que me quisiese imponer, ¿no es bastante?

-- Lo es.

-- Pues ahora mismo se presentará aquí un anciano por ella.

-- Se cumplirán tus deseos.

La liberta se despidió é hizo la llevasen por el camino del capitolio á la humilde morada de Hostilio.

El anciano lloraba.

-- ¿Quiéres recobrar á tu hija? Preséntate á Tigelino, una orden suya hará que te la entreguen.

Hostilio iba á salir; Epicaris le detuvo.

-- Cuando esteis reunidos, prosiguió, os dirijireis al puente de Escevola, sobre el Tíber, pasad adelante hasta llegar al campo de Horacio, allí aguardareis que pase una barca cuyo conductor os preguntará vuestro nombre: entrad en ella y os conducirá lejos de aquí, muy lejos... porque en Roma ya no podeis estar, añadió con amarga sonrisa.

El anciano, balbuceando unas espresiones de sincero afecto, besó la mano de su bienhechora, y salió.

Epicaris partió tras él: en la via sacra encontró á Esceveno, y le dijo:

-- Iba á buscarte: Licinio, Licinio, es un infame, va á delataros. No teneis mas recurso que matarle pronto ó matar á Nerón.

-- O morir nosotros, respondió Esceveno, de uno ó de otro modo acabaremos de sufrir. Solo el placer de ver espirar al tirano me haria agradable la vida. Voy á comunicar esta noticia á Cayo Pison.

-- Al campo de Horacio, dijo Epicaris á los esclavos.



Pronto atravesó la ciudad y la campiña que la separaba del rio: en un parage solitario se veia atada, á un poste que se elevaba á la orilla de él, una lancha. Epicaris conoció que Suliton habia cumplido su encargo, y efectivamente, le vió que volvía á la ciudad por diferente camino, le hizo llamar, y le dijo:

-- Toma, Suliton, con este dinero cuidarás de las dos personas que vas á conducir en la lancha: son un anciano y una jóven, acompáñalos hasta el primer puerto de mar y dales socorros para que vayan á las Gálias ó á España, donde quieran, procura solo que no vuelvan á Roma. Así comprarás tu libertad. Ahora entra en la lancha y cruza el rio por delante del campo de Horacio hasta que veas al anciano y la jóven.

El esclavo obedeció, y Epicaris pasó algo adelante hasta colocarse sobre una eminencia que le permitia descubrir el terreno.

La calma de la naturaleza, la claridad de las aguas, la alegría de los labradores, la tranquilidad de los pastores, ese gran lenguaje de la naturaleza que se comprende mas cuanto mas agitado está el corazon llamaba fuertemente la atencion de Epicaris, y le parecia un contraste vivo con su actual estado.

Pocos momentos habian pasado desde su llegada, cuando vió aparecer por el camino á Hostilio y su hija Silia: el anciano marchaba apresuradamente llevándola de la mano y mirando, de vez en cuando, atrás. Cuando llegaron á la orilla, miró con ansiedad por todo el rio, y al fin dijo á su hija, señalándola una lancha que se dirijia hácia ellos:

-- Ya está allí, ya viene, partiremos, hija mia.

Suliton, reconociendo á las personas que Epicaris le habia designado, se acercó y las hizo entrar en el barco, alejándose luego á fuerza de remos mientras que la liberta exclamaba:

-- ¡No será suya!

Cuando perdió de vista la lancha regresó á la ciudad. Ya la estaba aguardando Tigelino.

-- He cumplido mi oferta, la dijo, vengo á que cumplas la tuya.

-- El emperador manda que comparezca á su presencia la liberta Epicaris, dijo Ninfidio entrando con algunos pretorianos.

-- Por qué causa, preguntó Tigelino.

-- Acusada de haber conspirado contra su vida, respondió el otro.

-- Ni para el deshonor, ni para la infamia, exclamó Epicaris clavándose un puñal en el corazon.

V.

El aviso de Epicaris habia decidido á los conjurados á poner en egecion sus designios aquel mismo dia. Cayo Pison se habia encargado con Sulpicio Asper, Laterano y Subrio de arengar á los senadores y de decidirles á recobrar su antigua autoridad tan provechosa para Roma y tan honrosa para ellos. Esceveno con Lucano, Petronio y el cónsul Vestino, debian entrar en el palacio imperial y matar á Nerón.

Todos iban á cumplir su mision, pero en ambos puntos fueron detenidos á las puertas por los pretorianos y conducidos á la presencia de Nerón. Licinio habia cumplido su promesa.

El emperador los miró con satisfaccion y con sonrisa de triunfo.

-- ¿Por qué habeis conspirado contra mí? les dijo.

-- Porque no encontráramos otro remedio á tus maldades, respondió Petronio.

-- ¿Y el juramento de fidelidad, cónsul Vestino?

-- He sido fiel al emperador de Roma, pero no he debido serlo á un parricida, cochero, bufon é incendiario, contestó éste.

A una señal de Nerón los pretorianos desenvainaron los aceros y los levantaron sobre las cabezas de aquellos esclarecidos patricios: pocos momentos despues habia en aquella estancia un monton de cadáveres.

Nerón entonó un himno de triunfo, y Roma permaneció aun algun tiempo esclavizada.

R. Ferrer M.

BAMBINELLI,

Ó EL LOGO DE VENECIA.

Traduccion libre.

I.

Era una hermosa tarde de Venecia en el año 1547. El sol iba sumergiendo en las plateadas ondas del Adriático sus transparentes rayos de oro y púrpura, y el inmóvil espejo de las aguas retrataba las magnificas escalinatas de cien suntuosos edificios. Hacia un calor insufrible. Algunos gondoleros y condottieri dormian diseminados por las orillas de los canales, y otros dejaban oír por intervalos sus cantos, cuyos melancólicos sonos iban á espirar entre las aguas. Venecia entera se agitaba aletargada bajo una atmósfera de plomo.

Al pie de la estatua del leon de san Marcos se veia un hombre acostado que parecia sumergido en profundo sueño; pero al observar de cerca y con atencion su postura y su rostro, fácilmente se echaba de ver que su sueño era fingido: algunos nerviosos y bruscos movimientos agitaban, de vez en cuando, sus manos convulsas, y su frente se doblaba como bajo el peso de un funesto pensamiento.

Aquel hombre llevaba el traje comun de los pescadores de Venecia. Sus piernas estaban desnudas: una ancha blusa de tela parda caia con desaliño hasta sus rodillas, y llevaba la cabeza cubierta con una redecilla de seda.

Al cabo de algunos momentos, aquel personaje abrió los ojos, levantó la cabeza y echando en derredor una rápida mirada, levantóse del suelo y se arrojó al pedestal de la estatua dejando vagar sus ojos con una extraña espresion de desacuerdo.

Las formas de aquel hombre estaban admirablemente armonizadas, y su cabeza realizaba maravillosamente el tipo de la belleza antigua: su larga cabellera negra, rizada sin arte alguno, rodeaba el óvalo de su rostro graciosamente prolongado. Un pintor hubiera admirado con entusiasmo el color de su tez pálido mate que no se encuentra en otro pais fuera de Italia, y que hace resaltar admirablemente el tono blanco nacarado del globo de los ojos y el esmalte ligeramente azulado de los dientes. Aquel hombre podia tener entonces de veinticuatro á veinticinco años.

Venecia despertaba entretanto poco á poco de la siesta de mediodia. La plaza de san Marcos iba llenándose de numerosos grupos, y los gondoleros tomaban sus remos y volvian á entonar sus cantinelas; veíanse por intervalos algunas mugeres que ocultaban su talle entre los pliegues de las mantillas de encage, y su moreno rostro de ojos negros bajo la máscara misteriosa.

Algunos hombres del pueblo, pescadores la mayor parte, se dirigian hácia la estatua del leon, en cuyo pedestal estaba arrimado el bello jóven de que hemos hablado. Cada uno de los pescadores al acercarse le dirigia la palabra.

— Salud, hermano Bambinelli.

— Salud, hermanos, les respondia éste.

Cuando se hubo formado un círculo numeroso, un anciano tomó la palabra y dijo:

— Hermano Bambinelli, cántanos alguna cosa.

El jóven pareció no haber oido la invitacion del pescador.

— Cántanos alguna cosa, repitió el anciano.

Bambinelli pasó la mano por su frente, ocultó un momento sus ojos como reflexionando, y despues se puso á murmurar en voz baja algunas notas extrañas: poco á poco, aquel vago murmurio se convirtió en un armonioso y dulce canto, pero que carecia de palabras. De repente se animaron sus ojos, y levantando la frente como inspirado, improvisó en la hermosa lengua italiana los siguientes versos:

Un cielo sin nubes
Las ondas retratan
Del mar de Venecia
Que inmóvil yace á sus soberbias plantas;
Y el gondolero al cruzar
Su espejo de azul y plata
¿Cuyos son, dice, esos ecos
Que en la corriente se apagan?
Es que en los senos de la mar serena
La alegre voz de Bambinelli suena.

Entonces respondió como en coro la numerosa turba que rodeaba al cantor:

Es que en los senos de la mar serena
La alegre voz de Bambinelli suena.

El jóven continuó entonces con sordo y pausado acento:

¡Poder infernal!
Tu mano fatal
A influjo del hado
Sobre Venecia mísera ha pesado.
Y el gondolero al cruzar
De sus canales las aguas
¿Cuyos son, dice, esos ecos
Que en la corriente se apagan?
Es que en los senos de la mar serena
Mi voz de muerte con furor resuena.

El pueblo no repitió esta vez el estribillo. Babinelli continuó:

Por fin nuestra daga
Que horrores amaga
Brille en nuestra mano
Y liberte á Venecia del tirano.
Y el gondolero al cruzar
Por las ondas azuladas,
¿Cuyos, dirá, son los ecos
Que en la corriente se apagan?
Es que en los senos de la mar inerte
Suenan del loco la cancion de muerte.

La turba repitió con voz sombría como la del cantor:

Es que en los senos de la mar inerte
Suenan del loco la cancion de muerte.

El jóven, que durante aquella escena habia permanecido arrimado al pedestal, inmóvil como la misma estatua, se acercó en aquel momento al anciano de que hemos hablado mas arriba:

— ¿Está determinado, Carlos?

— Sí, Babinelli.

— ¿Para cuándo?

— Para esta noche.

— ¿Dónde?

— En casa Fosco.

— ¿A qué hora?

— A media noche.

— ¿Estarán allí todos?

— Todos, Babinelli, yo te lo juro.

— Bien está.

Babinelli se alejó, y los hombres del pueblo se dispersaron murmurando sin cesar:

Es que en los senos de la mar inerte
Suenan del loco la cancion de muerte.

II.

Era la noche; pero noche de Italia, noche estrellada y brillante. Las góndolas, con su fanal á la proa, pasaban como rápidas sombras con una estrella en la frente. La brisa estaba cargada de perfumes y cada soplo suyo llevaba entre sus alas los murmurios de las alegres serenatas. — Oh! sí! ¡aquella era Venecia! ¡Venecia la bella! ¡Venecia la loca!

Iba á dar la media noche. Á la otra parte del canal Orsano habia una casa tumultuosa por lo comun y alegre á aquellas horas; pero que en la noche de que hablamos se hallaba, si no inhabitada, silenciosa y en calma por lo menos. Era la casa de Pietro Fosco, el huésped y tabernero favorito de los gondoleros de Venecia.

Ninguna luz brillaba, ni se dejaba oír en aquella mansion el mas ligero ruido. Sin embargo, de vez en cuando algunas góndolas de pescadores se deslizaban por el canal en gran silencio, y se paraban á la puerta de la taberna que se abria para volverse á cerrar tras los recién venidos.

Cien hombres, poco mas ó menos, se habian ya juntado todos en ademan sombrío y grave. Léiase en cada rostro el pensamiento de un gran proyecto que iba á realizarse, y nadie comunicaba sus ideas en voz que pudiera oírse.

En una pequeña pieza, que comunicaba con aquella inmensa sala, habia un hombre y una jóven al parecer ocupados en dulce plática.

Era una morena italiana de ojos negros y de larga y flotante cabellera, con su corsé de tela oscura y su jubon encarnado y algo corto para dejar admirar su pie de una pequeñez extraordinaria.

— ¿Pero no ves que corres á la muerte, dueño mio? decia la jóven con tono de súplica.

— ¡A la muerte! ¡tal vez, Marina, pero quizá tambien al triunfo y á la venganza!

— ¿El triunfo es muy incierto; y qué será de mí si tú sucumbes?

— ¿Qué será de ti, querida mia? Aun te quedará un anciano padre y un hermano á quien amar. Mi hermana, tu tierna amiga Andrea, pide venganza desde su tumba, y ya sabes lo que trabajo hace dos años para prepararla. Acaba de llegar, por fin, el suspirado instante, y dentro de algunos dias, quizá de algunas horas, habré logrado mi triunfo ó sucumbido valientemente en la demanda. Ya ves que no puedo retroceder.

— ¡Pues bien! puesto que es necesario, parte en buen hora.

Y Marina añadió interiormente:

— Pero yo trataré de impedirlo.

El jóven entreabrió la puerta que conducia al lugar de la reunion; en aquel momento murmuraban los marineros en voz baja:

— ¿Dónde está Babinelli?

— Heme aquí, respondió éste al entrar en la sala.

Aquel era Babinelli efectivamente, y Marina, la hija de Fosco, su prometida esposa.

A la vista de Babinelli, del pobre improvisador, del miserable loco, vagando durante el dia y errante y sin asilo por la noche, todas las cabezas se descubrieron.

— ¿Hermanos, no falta ninguno?

— Ninguno, respondió Carlos.

— Entonces, pescadores de las lagunas, gondoleros de Venecia, hermanos míos, escuchadme: Francisco Donato, el dux, es un tirano que nos trata como á los perros, y su cetro es una maza de hierro que pesa sobre nosotros. Nuestras personas, nuestros bienes, nuestras mugeres y nuestras hermanas están á la merced de su hijo y de sus pérfidos y relajados favoritos, y no hay una siquiera de nuestras familias que no haya sido diezmada por la muerte ó mancillada por la deshonra desde que Donato es dux de Venecia. Yo tenia una hermana llamada Andrea á quien vosotros todos habeis conocido. La jóven cándida y bella fue robada por el hijo del dux hará como dos años. Yo fui á arrojarle á los pies de Donato y le pedí justicia, pero un nuevo insulto fue la sola respuesta que obtuve. Yo creí largo tiempo que iba á perder el juicio de desesperacion y dolor; y entonces fue cuando me ocurrió la idea de fingirme loco, juzgando que podria ser útil para el cumplimiento de mi venganza. Desde entonces se me ha visto por todas partes con la cabeza descubierta y errante la mirada improvisar por las calles y por las plazas. Vosotros mismos habeis creído largo tiempo mi fingida demencia, y nadie me cono-

ce en Venecia sino por Babinelli el loco. ¿Quién desconfiará de mí? Los bravos hablan en mi presencia de las puñaladas que les han encomendado; y si estuviera cerca de la garganta del leon se leerian en alta voz delante de mí las denuncias de los desconocidos. Soy, en fin, á los ojos de Venecia, menos que un niño, porque en una cabeza de niño debe nacer mas tarde la razon, y juzgan que la razon ha desaparecido para siempre de la mia. Pero no saben que los ojos de los ministros del tribunal de los Diez están menos abiertos que los míos, no saben que he tenido ocasion de descubrir innumerables secretos, y que ni uno siquiera de esos infames esbirros á podido escapar á mi perspicacia. Yo sé como viven, sé tambien donde duermen nuestros enemigos. Y si, como me habeis prometido, persistis en prestarme vuestro brazo y vuestros puñales, si aun hierve en vuestros pechos el fuego de la venganza, dentro de poco, quizá mañana á la noche, los infames tiranos habrán cerrado los ojos para siempre, y Venecia, libre y vengada, gritará al despertar: ¡Vivan los gondoleros, y vivan los pescadores de las lagunas!

Una aclamacion de entusiasmo iba á responder á las palabras de Babinelli, cuando súbitamente un golpe dado á la puerta heló todos los corazones é hizo palidecer todos los rostros. Al mismo tiempo se oyó una voz que pronunció estas palabras:

— ¡Alerta! ¡os han descubierto!

Inmediatamente corrieron á abrir la puerta, pero no habia nadie, y ninguna góndola se deslizaba por los canales. Habia en el salon otra puerta, pero aquella daba á la habitacion de Marina, y la jóven, interrogada, respondió que nada habia visto ni oído.

Todos los conjurados se alejaron temblando, viendo ya sobre sus cabezas el cuchillo del tribunal de los Diez.

El mismo Babinelli estaba devorado de desesperacion y de dolor. Aquella palabra fatal: "Os han descubierto," aniquilando la conspiracion, habia hecho imposible su venganza.

III.

Al dia siguiente de aquel en que tuvo lugar en la taberna de Fosco la escena que acabamos de referir, Babinelli, profundamente desconsolado, meditaba en la orilla del canal de san Pedro, cuando de repente vió venir á lo lejos, con una rapidez extraordinaria, una góndola negra conducida por algunos remeros enmascarados. Las cortinas que cubrian el interior de la cámara estaban corridas cuidadosamente; pero habian dejado entreabierta una de las pequeñas celosías laterales.

Babinelli contemplaba con distraccion aquella góndola. Cuando pasó por su lado salió de ella un grito que hizo estremecer todos sus miembros, y le pareció haber escuchado su nombre pronunciado por una voz ahogada.

Por un momento creyó ser el juguete de una ilusion, y sin embargo se levantó y se puso á seguir de lejos á la góndola.

Las numerosas revueltas que esta hacia le dieron lugar de conocer que trataban de hacer perder su huella, si por casualidad intentaban seguirla, y con este motivo se dió Babinelli á perseguirla con mayor curiosidad que al principio, desplegando un ardor infatigable.

Despues de mas de una hora de marcha, sin objeto aparente, la góndola se dirigió por el lado de un vasto palacio que el hijo del dux, Francisco Donato, destinaba para sus orgías, situado en la estremidad de Venecia. Al llegar allí desapareció á la vista de Babinelli por un camino abovedado que conducia al interior del alcázar.

El jóven se detuvo largo tiempo con la esperanza de que volviera á salir; pero en vano.

— Me habré engañado, decia entre sí Babinelli. ¿Qué personaje que visite al hijo del dux puede saber y pronunciar mi nombre?

De repente cruzó por su pensamiento una idea terrible.

— Oh! ¡si fuese cierto! murmuró con angustia, dirigiéndose á casa Fosco con precipitados pasos.

— ¿Dónde está Marina? exclamó al entrar en la sala.

— Por las lagunas va en una barca con su hermano, le respondió el tabernero.

Babinelli, sosegado algun tanto, sentia, sin embargo, un gran peso en el corazon.

— La esperaré en este sitio, pensó al salir de la casa sentándose en el suelo.

Hacia largo tiempo que permanecia en aquella postura, cuando escuchó una confusa vocería en las orillas del canal. Salian aquellos gritos de una porcion de barcas que se aproximaban, y en una de las cuales venia tendido un jóven que no daba ninguna señal de vida.

Babinelli reconoció palideciendo á Fabio, el hermano de Marina. El agua chorreaba abundantemente de sus vestidos como si acabara de sumergirse en el mar.

— ¿Dónde está Marina? ¿santos cielos, qué ha sucedido? exclamó Babinelli.

Muchas personas hablaron á la vez y he aquí lo que pudo comprenderse de sus oscuras narraciones.

Estando algunos pescadores ocupados en echar sus redes en medio de las lagunas, notaron cerca de ellos una pequeña barca dirigida por un hombre y una jóven.

De repente una góndola negra se acercó á la barquilla y la volcó de un violento empuje. La jóven fue sacada inmediatamente de las aguas y recogida en la góndola que se alejó con rapidéz, dejando luchar con las ansias de la muerte al jóven, cuyas fuerzas comenzaban á debilitarse.

Los pescadores que habian observado de lejos aquella escena llegaron á tiempo de socorrer á Fabio. Un momento despues hubiera sido tarde.

Algunas barcas se dirigieron en persecucion de la góndola negra, pero esta les llevaba mucha ventaja y estaba conducida por vigorosos remeros; así que al desembocar en los canales la perdieron enteramente de vista.

Habiendo reconocido algunos de los pescadores al jóven por el hijo de Fosco, le condujeron inmediatamente á casa de su padre.

— Oh! ¡ya yo me lo pensaba! decia Babinelli, mi sospecha era cierta, ¡Dios mio! ¡Marina como Andrea! ¡mi prometida esposa como mi hermana! ¡todo lo que yo poseia, todo lo que mas amaba, perdido, mancillado por ese hombre! ¡y yo no he de vengarme!!!

Ninguna lágrima sulcaba las mejillas de Babinelli. Su rostro estaba pálido y abatida su cabeza; pero su mirada fija y brillante, sus labios

contraídos y el estremecimiento nervioso, que desfiguraba sus facciones, espresaban la desesperación y la rabia mejor que espresarla pudieran los gritos y los sollozos.

Fosco salió de la casa, y al ver á su hijo desmayado, y casi muerto, al saber que Marina acababa de ser robada se entregó á la mas violenta desesperación.

Bambinelli tomó la mano del anciano entre las suyas temblorosas, y le dijo con tono de profundo sentimiento:

-- Padre mio; porque vos sois mi padre desde el momento en que me concedisteis á vuestra hija, Marina no ha sido hasta ahora sino mi prometida, pero en este momento es ya mi esposa. ¡Esta noche estará en vuestra casa pura y vengada... ó vuestro hijo Bambinelli habrá dejado de existir!

Dicho esto saltó en una pequeña barca, y se dirigió hácia el palacio de Francisco Donato.

IV.

El vigoroso brazo del jóven hizo volar la navicilla hasta la entrada de la bóveda por donde habia desaparecido la góndola negra. Al llegar á ella se detuvo preguntándose lo que debia hacer. ¿Cómo penetrar en el interior, ni qué responder á la muchedumbre de criados que le detendrían sin duda? ¿Dónde encontrar á Marina en aquel inmenso palacio? La cabeza del jóven se trastornaba al pensar en la imposibilidad de la empresa que acometia.

-- ¡Vamos adelante! dijo por fin resuelto, mi causa es justa, y Dios me ayudará.

Y penetrando con su barca por la bóveda, llegó al vasto patio cuadrado que se hallaba en el centro de los edificios, y al cual, cosa muy comun en Venecia, se llegaba por un pasadizo cubierto.

El patio estaba desierto á la sazón, y el jóven pudo sin dificultad atar su barca á una de las grandes anillas de hierro que servian para amarrar las góndolas, y dirigirse hácia la grande escalinata. Innumerables ventanas adornaban las cuatro fachadas del edificio. ¿En cuál de aquellas habitaciones se hallaba encerrada Marina? ¿Y quién sabe si estaria en otra parte mas retirada del alcázar?

En aquel momento un lacayo gritó al ver á Bambinelli:

-- Miserable mendigo, ¿qué vienes á hacer aquí?

-- Inmediatamente vinieron á juntarse á este dos ó tres criados insolentes, como lo son regularmente los de los grandes, y rodearon entre todos á Bambinelli con grandes gritos y amenazas.

-- ¡Pescador ó vagamundo! ¿qué vienes á hacer aquí? ¿quién eres y qué pretendes?

Los criados menudeaban estas y otras preguntas semejantes, agrupados en derredor de Bambinelli.

-- No sereis de Venecia, señores míos, pues que no conocéis en mí á Bambinelli el cantor, á Bambinelli el loco.

-- Efectivamente, yo le conozco, dijo uno de los criados.

-- Pues una vez que es trovador, que cante.

-- O le haremos tomar un baño en el canal.

-- ¡Qué disparate! respondió uno, la locura es sagrada. Que cante, no digo que no.

-- Vamos, canta, Bambinelli.

La misma súplica le habian dirigido la víspera, pero de una manera muy diferente, como sabe el lector.

Bambinelli cantó:

Me gusta la negra máscara
Que allá en las noches de invierno
Por las calles de Venecia
Lleva galán encubierto:
Me gusta la cantilena
Que con amoroso acento
A las ventanas envía
De su ya cautivo dueño;
Y ver que el triste marido
A los plácidos contentos
Por el balcon de su estancia
Asoma el rostro colérico.

-- ¡Bravo, bravo, Bambinelli!

Me gusta una voz de dama
Que reclama
De rodillas en el suelo
Una vida de amor al alto cielo.
Me gusta fiel y amorosa
Ver la hermosa
Cómo acaricia á su amante,
Y verle á él en su pasión constante.

Pero en Venecia y Ferrara
Aquesta es cosa, á la verdad, muy rara.

Y me gusta, sobre todo,
Allá en la noche callada
Cuando las auras murmuran
Y cuando todos descansan,
Entonar trovas de amores,
Y vogando por las aguas...

Aquí se paró Bambinelli fijando los ojos en una de las ventanas del palacio.

-- ¿Qué miras? preguntaron los criados sorprendidos de la súbita é inesperada interrupción del canto.

Bambinelli no respondia y continuaba mirando fijamente á la ventana.

-- ¿Qué miras? repitieron los criados.

-- He visto allí, dijo Bambinelli lentamente y señalando la ventana con el dedo; he visto allí una muger, una muger del pueblo que lleva un jubón encarnado.

-- ¿Se habrá escapado esa jóven por desgracia? preguntó con zozobra un criado á uno de sus camaradas.

-- Imposible, respondió este; la cerraja es muy buena, y ya ves que aunque la ventana está abierta tiene corridas las cortinas. ¿No sabes que este hombre está loco?

Bambinelli siguió la dirección de la vista del que acababa de hablar, y vió en efecto en el segundo piso una ventana entreabierta, la única cuyo interior estuviese oculto por las cortinas. El jóven sabia ya lo que deseaba.

-- Canta, Bambinelli, canta, volvieron á decir los criados.

El improvisador murmuró algunas notas con voz apagada, y despues entonó la última copla de su canción de la víspera:

Y el gondolero al cruzar
De los canales las aguas
¿Cuyos son, dice, esos ecos
Que en la corriente se apagan?
Es que en los senos de la mar serena
Mi voz de muerte con furor resuena.

Dos veces repitió el estribillo, y luego se puso á bailar haciendo posturas extravagantes, con todas las señales que caracterizan el delirio; despues se acostó en el suelo, cerró los ojos, y pareció dormirse.

-- Podemos dejarlo aquí un momento, dijo un criado, y ya se le despedirá cuando despierte. Monseñor ha salido, y por otra parte nosotros debemos respetar la locura.

Dicho esto se alejaron todos los criados.

Al cabo de un momento Bambinelli volvió la cabeza; viendo el patio desierto levantóse y con la destreza propia de un italiano, arrojó su puñal en el cuarto habitado por Marina.

-- Al menos podrá defenderse, dijo entre sí, y volvió á tomar su primera posición, fija siempre la vista en la ventana entreabierta.

Las cortinas se separaron y apareció Marina, que reconociendo á Bambinelli le enseñó el puñal que estrechaba contra su corazón.

El jóven fue á acostarse en uno de los innumerables nichos que coronan los patios de los palacios de Venecia, y allí permaneció escondido largo tiempo sin temor de que pudiesen descubrirle.

V.

La habitación en que habian encerrado á la hija de Fosco estaba decorada con un lujo oriental. Flotantes colgaduras de terciopelo carmesí con rapacejos de oro descendian suntuosamente desde el vistoso techo hasta el piso de madera de cedro. Cuatro espejos de una magnitud prodigiosa para aquella época, sillas exquisitamente elaboradas, y una colección de cuadros de los primeros artistas, completaban aquel riquísimo mueblage.

Pero la pobre Marina lloraba amargamente en medio de todas aquellas maravillas que debieran sin embargo causarle admiración.

En el momento en que la barca zozobró repentinamente la jóven se desmayó.

-- Despues al recobrar el sentido y al encontrarse en una góndola rodeada de personas extrañas, creyó ser el juguete de una horrible pesadilla, y al verse, en fin, encerrada y sola en aquellos lugares desconocidos, comprendió todo el horror de su situación.

Habian colocado sobre un tocador riquísimos y suntuosos vestidos, pero Marina guardó los suyos empapados de agua y se sentó llorando en una silla.

En aquel momento fue cuando cayó en la habitación el puñal de Bambinelli.

El primer movimiento de Marina fue dar gracias á Dios por haberle enviado aquel defensor inesperado, y el segundo acercarse á la ventana en que la hemos visto al reconocer á su amante. Entonces recobró un poco de esperanza y de valor, y esperó con mas confianza. La llave giró por fin en la cerradura, y un hombre se presentó en la habitación.

Aquel hombre era jóven y hermoso, llevaba el traje suntuoso de los patricios de Venecia, y en el costado izquierdo de su ropilla tenia bordadas sus armas. Marina reconoció inmediatamente al hijo del dux por haberle visto á menudo en las funciones públicas.

Antes que este hubiese pronunciado una palabra, la jóven se arrojó á sus pies exclamando:

-- ¡Monseñor, en nombre de la Virgen madre de Dios, en nombre de todos los santos del cielo, permitid que me vaya!

-- ¡Permitir que os vayais, hija mia! respondió Francisco levantándola; ¡permitir que os vayais! No, vive el cielo, porque sois muy linda. Miraos á ese espejo y decidme si habeis visto jamás un rostro mas encantador.

Marina prorrumpió en llanto.

-- ¡Por Dios, hermosa mia, exclamó el hijo del dux, que llorais con mucha gracia! ¿Qué será cuando sonrian esos rosados labios?

Marina no cesaba de llorar.

-- Vamos, continuó Francisco; enjugad, niña, esas lágrimas y venid á sentaros á mi lado. Y al decir esto le enseñaba con la mano un taburete. Marina permanecia inmóvil.

-- Vamos, niña, venid luego á mi lado y no seais tan esquiva. ¿Deseais un corazón que os ame? aquí teneis el mio que late con pasión. ¿Queréis oro, riquezas? Yo os daré cuanto podais apetecer; porque deseo veros feliz y rica como una reina... pero venid pronto: soy el hijo del dux y no estoy acostumbrado á esperar.

-- ¡Decís, Monseñor, que no estais acostumbrado á esperar! respondió Marina levantando la cabeza. Enhorabuena cuando se trata de esas mugeres á quienes deslumbra vuestro título y vuestras riquezas. Pero ¿qué me importa á mí todo eso? ¡Oh! prefiero mil veces á Bambinelli.

-- ¿Y quién es ese Bambinelli, mi dichoso rival? replicó Francisco con desden.

-- Es un pobre pescador de las lagunas, Monseñor, un pescador que á no ser por mí quizá á estas horas...

Marina no acabó su frase, pero sentia amargamente haber trastornado el día anterior la conspiración que estaba pronta á estallar, pues el lector habrá adivinado sin duda que ella fue quien tratando de evitar el peligro que corria su amante, habia pronunciado á la puerta de la taberna aquellas palabras: -- «Alerta, os han descubierto.»

Francisco se levantó del taburete en que estaba sentado.

-- Monseñor, no os acerqueis! exclamó Marina con los ojos encendidos.

-- ¿Y por qué no? respondió el jóven dando un paso hácia ella.

-- ¡No os acerqueis! ¡no os acerqueis! repitió la jóven.

-- Vamos, cese ya tu desden. Y Francisco queria tomar la mano de Marina.

Pero ya esta última habia sacado de su seno el puñal de Bambinelli, y lo sepultó dos veces en el corazón de Francisco.

Entonces corrió á la ventana y buscó con los ojos á su amante; pero

la noche había cerrado tan oscura que no se podían distinguir los objetos.
 --; Babinelli! ; Babinelli! gritó la jóven.
 Y abriendo la puerta de la habitación, se precipitó en la escalera, sin soltar su puñal de la mano.
 Segun el uso establecido en aquel palacio, todos los criados se habían retirado, de suerte que pudo bajar sin que nadie se lo impidiera.
 En el patio encontró á Babinelli que había escuchado el grito de Marina y la esperaba con el corazon lleno de angustia.
 Inmediatamente tomó á la jóven en sus brazos, y precipitándose en la barca, desaparecieron á poco por los canales.
 Cuando llegaron los guardias del dux para apoderarse del asesino, Babinelli estaba ya muy lejos de aquel palacio.

VI.

Huyendo del palacio del dux, Marina preguntó á su amante:



-- ¿ Dónde vamos ?
 -- A las ruinas de la abadía, respondió Babinelli. Carlos me espera allí todas las noches. El se encargará de avisar á Fosco y á tu hermano, y reunidos allí todos, abandonaremos esta tierra maldita.
 La fugitiva pareja se halló dentro de poco en las ruinas de un edificio situado en las orillas de los canales, donde los pescadores y gondoleros buscaban durante el día un abrigo contra los rigores del sol.
 Allí encontraron á Carlos.
 -- Hermano, le dijo Babinelli; Venecia está vengada. Vé volando á casa de Fosco y dile que sus hijos le esperan sin tardanza en este sitio.
 Carlos se deslizó volando por los canales.
 Babinelli sacó una daga y grabó las siguientes palabras en una de las negras paredes de la abadía: *Venecia está vengada y el loco Babinelli ha recobrado la razon.*

Aquella misma noche salia una góndola de las lagunas, huyendo hácia países estrangeros. En ella iba el anciano Fosco, su hijo Fabio, Marina y Babinelli.

Este último estrechando en su corazon á la jóven pálida todavía, murmuraba blandamente el estribillo de su cancion de la plaza de san Marcos:

Y el gondolero al cruzar
 Por las ondas azuladas
 ¿ Cuyos son, dice, esos ecos
 Que en la corriente se apagan ?

Es que los senos de la mar serena
 Repten mi amorosa cantilena.

P. Garcia Cadena.

Lastimada nuestra alma con los dolorosos recuerdos que la lectura del siguiente artículo nos ha despertado, lo insertamos en nuestras columnas, regado con las lágrimas de un hijo, y como débil ofrenda á las virtudes y saber del que ya no existe. Nuestro digno y entendido colaborador el señor D. José María Zacarés ha recopilado los interesantes datos que aparecen en el artículo, sin que por nuestra parte le hayamos facilitado la mas mínima noticia, ni aun la tuviéramos de que en tal asunto se ocupára. Acepte el señor Zacarés la sincera gratitud que nuestro corazon siente por el amistoso recuerdo con que llora el aniversario de tan irreparable pérdida, ya que nuestra pluma siempre estuvo embargada y trémula para verificarlo.

Rafael de Carvajal.

BIOGRAFIA.

EXCMO. E ILMO. SEÑOR D. TOMÁS GONZALEZ CARVAJAL.

El año de 1834 lo fue de tristeza y de consternacion para toda España, y la Real Academia de la historia perdió en él á seis de sus beneméritos individuos, los señores D. Tomás y D. Francisco Gonzalez, Don

Diego Clemencin, D. Antonio Siles, D. José Sabau y D. Tomás José Gonzalez Carvajal: á todos ellos consagró ya el debido tributo de elogio y de dolor tan distinguido cuerpo: sin embargo, el cumplir en el día 9 de los corrientes el décimo aniversario de la muerte del último, y ser su digno nieto D. Rafael Gonzalez Carvajal, otro de nuestros colaboradores, nos impone el grato, á la par que melancólico, deber de recordar una vida llena de virtudes civiles y morales, cuya pérdida lamentaron entonces su distinguida familia, sus numerosos amigos y todos los afectos á la literatura española.

El Excmo. señor D. Tomás José Gonzalez Carvajal nació en Sevilla en 21 de Diciembre de 1753, de una antigua y bien conocida familia, cursó la filosofía en su Universidad en los años de 1773 y 74, y en una edad tan temprana daba ya muestras del talento y penetracion de que le habia dotado la naturaleza, de la aficion que toda su vida tuvo á los buenos estudios, y que luego debia brillar en todos sus escritos: en 1776 se licenció en dicha facultad; poco despues obtuvo la borla de maestro en artes, y en 1781 era ya profesor de filosofía moral en aquella escuela: allí estudió tambien teología y jurisprudencia; recibió el grado de bachiller en leyes, á claustro pleno, en 17 de Abril de 1784, el de licenciado en 4 de Mayo siguiente y el de doctor trascurrido poco tiempo. Pasó á la Corte en 1785, donde, solicitando una toga en América, debiendo estas proveerse en abogados recibidos ó en doctores de universidades mayores, se dió á conocer por el papel en derecho en que probó que lo era la de Sevilla y así lo decidió la cámara de Indias. Entonces se le nombró individuo de la academia práctica de jurisprudencia y de la sociedad matritense de amigos del pais, en la que, entre otras obras, escribió la oracion con que aquel sabio cuerpo felicitó al señor D. Carlos IV por su advenimiento al trono. Sin embargo del mucho tiempo que le absorbían estos deberes, y la asistencia á la academia latina matritense, de que era individuo desde el año de 1778, cursó en los Reales estudios de san Isidro el idioma griego en los años de 87, 88 y 89.

En 2 de Marzo de 1790 fue agregado á la secretaria de hacienda de Indias; diéronsele los honores de oficial de ella en 9 de Abril de 1791, y en 7 de Octubre de 1794 el empleo efectivo de oficial en la secretaria de hacienda de España. En esta época escribió varias memorias en que mostró á un mismo tiempo su vasta erudicion y su buen gusto sobre asun-

tos pertenecientes á la carrera en que habia estudiado. En 22 de Marzo del año siguiente fue nombrado intendente de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, y superintendente de la de Almarodiel, en la Mancha; y sin embargo de lo que debilitó su salud el clima de la Carolina, insinuando los acertados trabajos de su digno antecesor el señor D. Pablo Olavide, desplegó sus grandes conocimientos y miras filantrópicas y administrativas: formó una estadística muy minuciosa de aquellas colonias, visitándolas y examinándolas detenidamente, y en 1798 volvió á la Corte á dar cuenta de sus importantes operaciones, y á proponer las medidas convenientes para el fomento del país confiado á sus desvelos; pero á ruegos del Excmo. señor D. Francisco Saavedra, á la sazón ministro de hacienda, permutó aquel destino con D. Bernabé Portillo, oficial 2.º de la misma secretaría. Son bien sabidos los acontecimientos de aquella época, la grave enfermedad del señor Saavedra, y su salida del ministerio; la permuta fue anulada, y el señor Carvajal volvió á la Carolina en virtud de real decreto de 24 de Setiembre del propio año, «á fin, decia, de que las obras empezadas en las poblaciones bajo su direccion, continuadas por la misma mano asegurasen mejor la prosperidad de aquellos establecimientos.» Es ocioso decir que todo ello fue obra del príncipe de la Paz, quien poseyendo en aquellas nacientes colonias crecidos intereses, le convenia tener al frente á un sugeto de su provida é inteligencia. En efecto, entonces se dedicó con la mayor actividad á su fomento y mejora, reedificando un gran número de casas que estaban ruinosas, promoviendo los plantíos de olivos y viñas, verdadera riqueza de aquel terreno, y ejecutando de nuevo obras de mucha consideracion é importancia. Su gobierno fue tan suave, justo y benigno, que aun lloran los colonos su pérdida como la de un padre, y la buena memoria que de él quedó en las poblaciones es el mejor testimonio de sus virtudes públicas y privadas: pero su salud no podía resistir á un clima que le era sumamente dañoso, y á fuerza de repetidas instancias logró se le exonerase de aquel destino en 20 de Agosto de 1807, y se retiró á Sevilla. Allí le sorprendió la gloriosa insurreccion de 1808 en que tomó una parte muy activa, presentando en donativo á la patria cuanto poseia. Nombrado en 1.º de Julio intendente del ejército que triunfó en los campos de Bailen, organizó su parte administrativa, y despues de aquella gloriosa jornada se le encargó la intendencia del de reserva que se formaba en Somosierra. Sorprendióle en la capital la entrada de los franceses á fines de 1808, y su antiguo amigo, el señor conde de Cabarrús, hizo los mayores esfuerzos para que jurase al rey José, pero ni las persuasiones de la amistad ni el temor de las resultas pudieron hacerle mudar de propósito, y huyó disfrazado esponiéndose á grandes riesgos hasta llegar á Sevilla en Enero de 1809.

En Abril del mismo año se le nombró intendente del ejército del centro: en Junio del ejército y reino de Mallorca: en Abril de 1810 del ejército y reino de Valencia; y en Enero de 1811 del ejército y cuatro reinos de Andalucía. El celo y actividad con que desempeñó estos importantes cargos hicieron que se le nombrase en 1812 individuo y presidente de la junta de hacienda, y en 30 de Marzo de 1813 Secretario de estado y del despacho del ramo. Pero su inclinacion á las letras que no habian amortiguado las vicisitudes de su vida afanosa, hizo que pidiese la exoneracion de tan alto destino, y que se le diese en premio de sus servicios la direccion de los estudios de san Isidro á que tantos desvelos habia consagrado: uno y otro le fue concedido, siendo exonerado del ministerio en 24 de Agosto del mismo año, y nombrado director de dichos estudios dos dias despues.

Cuando principiaba á disfrutar las dulzuras de su retiro, y de un destino tan grato á su corazon, las circunstancias de la época le ocasionaron nuevas persecuciones; al año siguiente fue perseguido, preso y puesto en juicio, por haber establecido en ellos una cátedra de Constitucion segun las órdenes vigentes, y de sus resultas fue confinado á Sevilla á fines de 1815: allí vivió retirado hasta 1820, pero casi siempre vivió en el campo, y entregado esclusivamente al estudio. En este año fue reintegrado en su destino de director y vocal de la junta de censura, y en 1.º de Mayo de 1821 consejero de estado, y comisionado para la visita de la tesorería general. Salió de Madrid con el gobierno en 1823; anduvo errante y mudando frecuentemente de domicilio hasta que en 1827 se le permitió fijarse en Madrid donde tenia su casa y libros.

En 1829, 33 y 34 se le nombró sucesivamente para la recopilacion de ordenanzas de la hacienda militar, ministro en el supremo consejo de la guerra, individuo del consejo real de España é Indias en la seccion de guerra, prócer del reino, y caballero gran-cruz de Isabel la Católica. Sin embargo de tan elevados destinos jamás acumuló riquezas, y pudo decir, como el virtuoso señor conde de Floridablanca al partir para su destierro á Murcia, que sin el buen Canosa (1) hubiese tenido que hacer el viage á pie. El señor Carvajal como hombre privado poseia todas las virtudes del ciudadano, del padre de familias y del literato; fue un modelo de buenas costumbres, el mejor de los amigos, y cristiano egemplar sin afectacion ni fanatismo. Ha dejado escritas y publicadas muchas obras, prendas de su talento y sólida instruccion en su carrera; tales son, la del Oficio y cargos del intendente de ejército en campaña, y las Meditaciones sobre la constitucion militar, que escribió siendo individuo de la comision nombrada en Setiembre de 1812 para la organizacion del ejército. Son tambien suyos la ya citada Oracion gratulatoria al señor D. Carlos IV: el extracto de la obra inédita de D. José Antonio del Barco, intitulada Retrato natural y político de la Bética antigua, inserto en el tomo 2.º de

(1) Su portero de cámara que le prestó 20 onzas.

las Memorias de la sociedad económica de Sevilla: el Elogio histórico de Arias Montano, en el 7.º de las de la real academia de la historia; y muchas composiciones poéticas de las cuales algunas han visto la luz pública en los periódicos, y la mayor parte permanecen inéditas entre sus manuscritos. La lira del señor Carvajal repetia mejor los sonidos dulces y sencillos del maestro Leon, á quien era muy aficionado, que los tonos magníficos y arrebatados de Herrera. Pero su obra maestra, la que transmitirá su nombre á la posteridad, y á la cual consagró sus desvelos gran parte de su vida, es la traduccion en verso y prosa de los libros de las Santas Escrituras, publicadas sucesivamente en los años de 1819 hasta el de 1827 en esta ciudad de Valencia, é imprenta del presente semanario. Para hacerla con mas perfeccion se dedicó desde el año de 1807, cuando ya contaba 54 años de edad, al estudio de la lengua hebrea, sin mas auxilio que algunos libros que le prestó su amigo D. Pedro Prieto, canónigo magistral de la santa iglesia de Sevilla: siendo tanta su aficion á este trabajo emprendido desde su vuelta á la Carolina, que dedicaba á él todos los momentos de descanso que le permitian sus graves ocupaciones, con tal asiduidad y teson, que estando en campaña cuando servia las intendencias del ejército del centro y del de Andalucía, aprovechaba para trabajar las horas de las marchas, en que yendo siempre acompañado de su hijo (2), al llegar al alojamiento le anotaba lo que habia trabajado de memoria. De este modo, cual otro D. Alonso de Ercilla, vertió los cinco primeros tomos que contienen los Sagrados Salmos; los siete restantes que comprenden los libros poéticos los trabajó en su mayor parte en su retiro de Sevilla: penetrado de lo importante y grandioso de su obra, la presentó previamente al Excmo. señor cardenal D. Luis de Borbon, y á varios señores obispos de España, y con la cordialidad y modestia que le eran peculiares dirigió una egemplar al SSmo. Padre Pio VII por mano del Excmo. señor D. Antonio de Vargas Laguna, nuestro embajador cerca de la Santa Sede; las contestaciones de aquel Ilre. prelado y del SSmo. Padre, llenas de caridad y dulzura católica, se encuentran en el tomo 1.º, y forman el elogio mas digno del señor Carvajal.

Desde el año de 1820 estuvo encargado del exámen y correccion de las correspondencias latinas del diccionario de la lengua castellana, por la real academia española á que pertenecia; y por la de la historia, de que era individuo, fue nombrado censor desde 1829. Dotado de una alma activa y sensible, y de un juicio recto y profundo, jamás desperdió un solo instante en la distinguida carrera que habia emprendido: nacido para la virtud, formó la regla de su conducta por lo que habia encontrado de verdadero y bueno en sus estudios, y no se le podia tachar de haberse separado jamás de ella ni de haber desmentido sus principios. Este anciano virtuoso y sabio falleció el 9 de Noviembre de 1834, á los 82 años de su edad.

Al año de su muerte, y por disposicion del Gobierno de S. M., fueron exhumados sus restos mortales del cementerio general, adonde se enterraron, y trasladados á la iglesia de san Isidro el Real de Madrid.

J. M.ª Z.

REVISTA TEATRAL.

Gemma di Vergi: en la presente semana ha vuelto á repetirse esta linda ópera, recogiendo nuevamente numerosos aplausos la señora Franceschini, que de dia en dia agrada mas al público. El señor Gomez cantó tambien divinamente, escitando un estusiasmo general. El señor Natale sigue ronco y sin poder lucir sus facultades. Los demás individuos y la orquesta bien.

Escarmentad, mugeres: drama, cuyo argumento está tomado de una novela francesa, y que ha obtenido un éxito muy desgraciado.

Coquetismo y presuncion: bien desempeñado en lo general.

Los polvos de la madre Celestina: son las píldoras del diablo, y ambas comedias distintas traducciones de un mismo original. La ejecucion es buena, pero la maquinaria mal servida lo mismo que algunas escenas. Al quitarle la peluca al señor Lugar, en la segunda noche, por poco le quitan la cabeza: juguete mágico que le hubiera hecho muy poca gracia. La casa de D. Junípero es una posada con escobas y cebollas, y muebles mugrientos, y para colmo de exactitud hay un letrero á la puerta, á estilo de casa grande de Madrid, que dice: *nadie pase sin hablar con el portero*. Nadie ha visto una cosa tan estravagante, decimos nosotros, y aquí lo dejamos porque *peor es meneallo*.

La Mosca.

MATERIAS QUE CONTIENE ESTE NÚMERO.

Advertencia.—Recuerdos de Valencia: el rey D. Jaime I en los campos de Almonara, por D. J. M. Z.—Una conjuracion contra Nerón: conclusion, con grabado, por D. R. Ferrer M.—Bambinelli, ó el loco de Venecia: traduccion libre, con grabado, por D. P. Garcia Cadena.—Biografía: Excmo. é Ilmo. señor D. Tomás Gonzalez de Carvajal, por D. J. M. Z.—Revista teatral, por la Mosca.—Continuacion de la novela Querubino y Celestino, por D. R. de Carvajal.

(2) El señor D. José Carvajal, intendente militar jubilado, á quien tuvo de su primera esposa la señora Doña Isabel Odonojú, hermana del Excmo. señor D. Juan Odonojú que murió virrey en Méjico: de su segunda consorte, la señora Doña Isabel Bustamante y Benimén, no tuvo hijos.

ANUNCIOS.

EL JUDÍO ERRANTE,

POR EUGENIO SUE.

Traduccion de D. WENCESLAO AYGUAS DE IZCO. = Edicion de lujo por la SOCIEDAD LITERARIA de Madrid.

Se ha repartido el tercer tomo y en prensa el cuarto: todos los demás saldrán con rapidez y sin interrupcion. Con el último tomo se dará á todos los suscritores el retrato del célebre Eugenio Sue.

Se suscribe en las principales librerías y administraciones de correos, á 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias, por tomo, franco de porte.

Los señores suscritores se servirán adelantar el importe del cuarto tomo, que está en prensa, si no quisieren experimentar atraso.

EL CANCIONERO DEL PUEBLO.

Coleccion de novelas originales de D. WENCESLAO AYGUAS DE IZCO, y de D. JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Se ha repartido el primer tomo que contiene la *Casa de poco trigo*, novela original del Sr. Villergas; y *El vivo retrato*, cuento original del mismo autor.

El tomo segundo está en prensa, y contendrá *Ernestina ó fuera estrangeros*, original del Sr. Ayguas de Izco.

La coleccion constará de seis tomos, que saldrán sin interrupcion. El precio de cada tomo es 8 rs. en Madrid, y 10 rs. en las provincias; pero adelantando toda la obra se hará la rebaja de la mitad, de modo que se obtendrán los seis tomos por el ventajoso precio de 24 rs. en Madrid, y 30 rs. en las provincias, franco de porte. Se suscribe en las principales librerías y administraciones de correos.

VALENCIA.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.